



CAPITULO V.

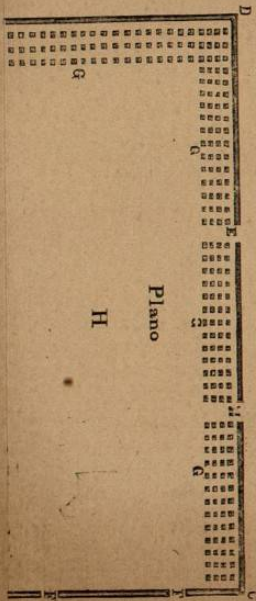
JESÚS EN JERUSALEM, EN LA PASCUA DEL AÑO 781.
PRIMER APOSTOLADO EN JUDEA.

El viaje de Capharnaum á Jerusalem es de cuatro ó cinco jornadas. Nada sabemos de los incidentes que le han marcado, de las detenciones diversas de Jesús, de sus pláticas, de sus pensamientos íntimos, de sus oraciones. El no pasaba desapercibido, como otras veces, en las caravanas galileas á las que se unía, para ir á celebrar la Pascua. Su fama se esparcía de un punto á otro. Al verle seguido de sus discípulos, se decía: "Este es Jesús, el profeta de Nazareth."¹ La atención de la multitud se despertaba á su paso. De todas las curiosidades, la que toca al sentimiento religioso es la más viva, en el esplendor, Jesús, señalado al pueblo, por la voz de Juan, caminaba rodeado de una aureola.

La afluencia de los peregrinos á Jerusalem por la Pascua era tal que el mayor número debía albergarse extramuros, en los arrabales, los pequeños países circunvecinos, las quintas, y

¹ Mateo, XXI, 11.

- AB = 225 m.
- BD = id.
- OD = id.
- A.O = id.
- N. Puerta del Norte (cerrada)
- S. Puerta de Sion.
- E. Puertas del Sur.
- P.P. 1.^o y 2.^o Puertas del Occidente.
- G. G. Portico de Salomon.
- G.^o G.^o Portico Oriental.
- H. Patio de los Paganos ó de los Gentiles.
- I. Escalera de 14 escalones, conduciendo al Hei y Balá.—Puerta.
- J. Hei.
- K. Patio de las mujeres.



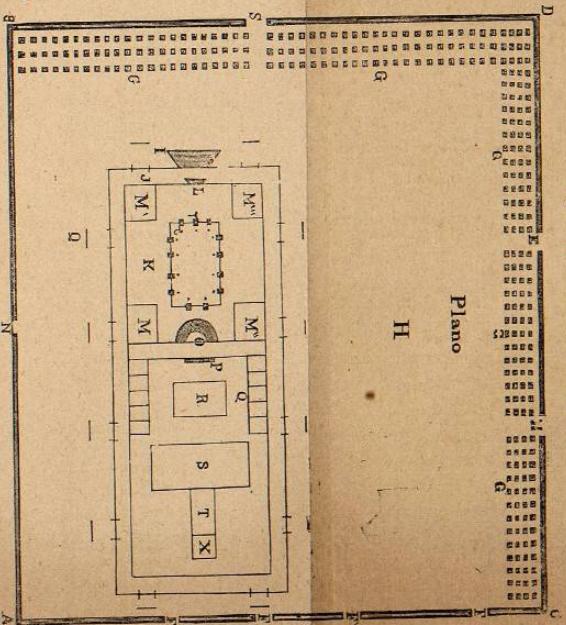
PLANO DEL TEMPLO DE JERUSALEM, EN TIEMPO DE JESUS,

Segun el historiador Flavio Josefo.

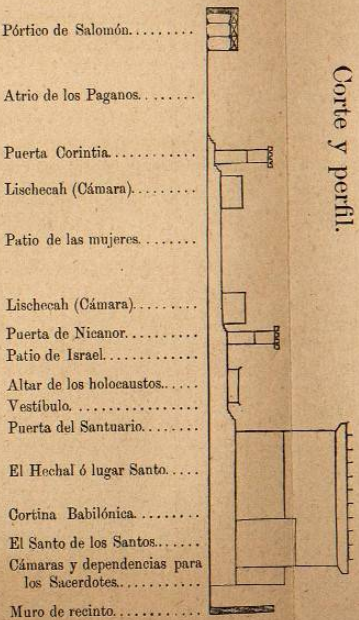
PLANO DEL TEMPLO DE JERUSALEM, EN TIEMPO DE JESUS,

Según el historiador Flavio Josefo.

- AB = 225 m.
 BD = id.
 OD = id.
 AO = id.
 N. Puerta del Norte (cerrada).
 S. Puerta de Sisa.
 E. E' Puertas del Sur.
 FF' pp' Puertas del Occidente.
 G. G. Pórtico de Salomón.
 G' G' Pórtico Oriental.
 H. Patio de los Paganos ó de los Gentiles.
 I. Sacrotem de 14 escalones, conduciendo al Hel y Bella.—Puerta J. Hel.
 K. Patio de las mujeres.
 L. Escalera de 12 escalones.
 M. M' M'' M''' M'''. Lischecah.
 N. Patio de Israel.
 O. Puerta Nicanor.
 P. 3 escalones y un estrado. * 1 escalón.
 Q. Patio de los Sacerdotes.
 R. Altar de los holocaustos.
 S. Vestibulo.
 T. Lugar Santo.
 X. Lugar Muy Santo.
 Y. Pórtico del patio de Israel.
 Z. Cepos para las ofrendas.
 a. Barreras conteniendo la prohibición á los profanos, so pena de muerte, de entrar en el Templo.



Corte y perfil.



hasta bajo las tiendas que se levantaban innumerables para recibir á los huéspedes, á los amigos, á los extranjeros. Los Galileos se establecían sobre el monte de los Olivos, hacia Bethphagé y Bethania. Creese que ellos tenían allí un Khan,¹ nacional. Ellos venían por la mañana al Templo, pasando el día en la ciudad, y entraban por la noche en su caravanera ó en las aldeas vecinas. Es probable que siguiendo su costumbre, como lo veremos por la narración detallada que los cuatro Evangelios nos han conservado de esa última Pascua, Jesús recibió la hospitalidad de su amigo Lázaro, en Bethania, y de allí partió para hacer la entrada á la ciudad.

Siguiendo ese camino que atraviesa la montaña de los Olivos, desde que se llega á la cima, Jerusalem aparece de repente en el cielo del Poniente, más allá del valle del Cedrón, cubriendo cinco colinas con sus cúpulas y sus terrazas, con sus palacios y sus torres, cubriéndolas con sus altas murallas. En lontananza, el Ophel y el Sion, el Acra, y el Bethzeta se redondean en anfiteatro al rededor del Moriah aplanado que coronan las inmensas construcciones del Templo.²

El conjunto de los edificios sagrados dibuja un cuadrilátero regular de quinientos codos de costado,³ revestido de muros espesos como murallas. Ocho puertas monumentales, coronadas de torres de defensá, ahí daban acceso. En el ángulo noroeste del cuadrilátero, una masa de forma cuadrada, toda de mármol blanco, revestida de placas de oro, se desprende del medio de las terrazas y de las columnatas, y se levanta á cien codos: este es el Hieron, brillante como la llama y algunas veces resplandeciente como la nieve. Esta aglomeración prodigiosa de edificios, vista de lejos, era soberbia; tenía el aspecto terrible de una fortaleza, el aire suntuoso de un palacio.

Toda el alma, todo el genio religioso y nacional de Israel, estaba allí. Nada para él era más santo que esos muros y ese suelo escogido por el mismo Dios, para habitar con su pueblo;

¹ Posada para las caravanas en Oriente.

² Véase el plano del Templo.

³ El codo, entre los Judíos, equivalía á 0.45 centímetros.

su vista sola le transportaba, él no se resignaba á morir sin haber allí orado y sacrificado. Hoy mismo, en donde no quedan sino ruinas, se ve, después de dos mil años, acudir á los Israelitas de los cuatro confines del mundo para tocarles y besarles, para gemir ante ellos, para bañarles con sus lágrimas y templar con su contacto, el ardor inextinguible de sus esperanzas.

Salvando el umbral de una de las ocho puertas exteriores, se entra al atrio y al vasto patio de los paganos. Dos pórticos extienden á lo largo los muros de cerco al Oriente y al Medio-día: el primero, al Oriente, llamado pórtico de Salomón; el otro al Medio-día, pórtico real. El de Salomón tenía tres hileras de columnas, de mármol blanco, de veinticinco codos, que descansaban sobre un pavimento de piedras multicolores y sosteniendo una techumbre de madera de cedro esculpido.

El atrio estaba abierto á todos, á los paganos como á los Judíos, á los excomulgados y á los herejes como á los ortodoxos, á los impuros como á los purificados.

Una balaustrada de piedra ricamente trabajada, y, por detrás, á diez codos, un gran muro, separando el patio de los paganos del reservado á los Judíos. La balaustrada estaba horadada por trece puertas delante de las que se veía trece estrellas con inscripciones prohibiendo la entrada bajo pena de muerte á los que su religión ó alguna impureza legal hacían indignos de franquearla. El muro de atrás de la balaustrada tenía veinticinco codos, él estaba horadado por nueve puertas: cuatro al Norte, cuatro al Medio-día, una al Levante que se llamaba la Bella ó la Corintia. Cada una tenía una gradería de catorce escalones que era preciso subir para entrar al atrio de las mujeres. Un sencillo pórtico de varias hileras de columnas formaba el circuito; entre las columnas de distancia en distancia, estaban colocados los trece cepos destinados á recibir las ofrendas de los piadosos Israelitas.¹

¹ Los Talmud les llaman Schouperot, en griego ἑξασταλκυστῆ. La expresión talmúdica significa literalmente trompetas, y esto es evidentemente porque los cepos tenían esa forma para que así fueran llamados. Cada uno de ellos tenía una inscripción designando su uso.

Adelante del patio de las mujeres, separado de él por una balaustrada, estaba el patio de Israel, reservado á los hombres; él no tenía más que cinco metros de profundidad; una puerta de bronce monumental, llamada la puerta de Nicanor, coronada de una torre poderosa, ahí daba acceso. Se subía por una gradería de quince escalones sobre los cuales, en ciertos días, los sacerdotes cantaban, al són de los instrumentos, los famosos salmos de los "Grados."

Más allá del patio de Israel, y separado por una nueva balaustrada, se levantaba el patio de los sacerdotes. El gran altar de los holocaustos ocupaba el medio; allí se veía la mar de bronce y las mesas de mármol que servían para la inmolación de las víctimas.

Detrás del altar se levanta el Hieron, la mansión de Jehovah. Una puerta de dos hojas incrustadas de oro y coronadas de una vid colosal de oro, cierra la entrada. El interior se compone de dos grandes celdas cuadradas, divididas una de la otra por una ancha cortina babilónica en la que se dibujan querubines de grandes alas; este es el velo del Templo. La celda que le precede se llama el Lugar santo: ella contiene cerca del muro septentrional, la mesa de los panes de proposición; al Sur el candelero de oro de siete brazos; en medio, un poco hacia el Este, el altar de los perfumes, sobre el cual, dos veces por día, en la mañana y en la tarde, se quema el incienso en honor de Jehovah.

Detrás del velo, nada. El Santo de los Santos está vacío. Desde que el arca de la alianza desapareció, la celda no encierra más que una piedra llamada fundamental (Schethiya), austero símbolo de Aquel que lleva todo.¹

El Templo de los Judíos recuerda á los de Egipto y de to-

El primero estaba destinado á los ciclos del año, el segundo á los ciclos antiguos, el tercero á las ofrendas de las palomas y pichones, el cuarto al holocausto, el quinto á la leña del sacrificio, el sexto al incienso, el séptimo al oro; los otros seis estaban reservados á los sacrificios voluntarios.

Cf. Lightfoot, *Horne hebraice et talmud*, in 4 *Evang.*, Leipzig, 1684.

¹ Cf. *Bell. Jud.*, V, 5; *Antiq.*, II, 8, 1, 22.

da la antigüedad; una misma idea inspira su arquitectura; ellos son esencialmente la mansión de la divinidad. En los templos cristianos, el hombre y Dios habitan juntos; los templos antiguos están reservados á Dios: él ahí está solo. El santuario es su celda, "celda;" él es inaccesible á todos, salvo al gran sacerdote, quien, con raras intervalos, puede entrar allí. El está rodeado de vestíbulos y de pórticos ó de vastas salas hipóstilas,¹ en las que se reúnen las diversas clases de la nación, acercándose de más cerca, según su dignidad, al Dios residente en el fondo del santuario misterioso.

La clase sacerdotal rodea al Hieron.

Los Egipcios tenían además de los otros pueblos, un colosal pylón, muralla gigante, levantada en plano inclinado, como un velo de piedra en la entrada de las salas, oponiendo á los profanos una barrera insuperable.

Los Judíos tenían una barrera más alta todavía: la muerte, cuya amenaza estaba grabada sobre las columnas, en todo el derredor del atrio. De esta manera se afirmaba entre ellos la majestad terrible de Jehovah. En el santuario, el gran sacrificador penetra, solo, una vez al año; los sacerdotes y los levitas no pueden más que tocar los muros; el pueblo santo, hasta él mismo, no le mira sino de lejos; y los profanos, los paganos, desde el pie de la puerta Corintia, debían resignarse á entreverle apenas á través de las naves del incienso, el humo y el fuego del altar de los holocaustos.

Allí fué, en el patio de los paganos y en la celda de Israel, en donde pasaron un gran número de escenas de la vida pública de Jesús; ahí se va á presentar hoy, á provocar la atención del pueblo, á turbar al Sanhedrin y á la autoridad religiosa por una iniciativa llena de energía y de vehemencia.

Al llegar á Jerusalem, él va derecho al templo. * El debió entrar por la puerta del Suze, que se abría hacia el valle del Ce-

¹ Hipostilo. El interior cuyo techo está sostenido por columnas.

² Juan, II, 14 y sig.

drón y se presentaba la primera á los peregrinos que venían del monte de los olivos; ella introducía al pórtico de Salomón y al patio de los paganos que se llamaba el primer Templo.

A la aproximación de las grandes fiestas y de la Pascua sobre todo, la multitud se comprime bajo las vastas galerías: este es un ir y venir estrepitoso, tumultuoso. Los cambistas han establecido allí sus mostradores. Todo lo que sirve para las abluciones y los sacrificios, no pudiendo ser comprado sino con la moneda sagrada, ellos cambian por ella las monedas profanas, y, con desprecio de la ley, transforman esta operación en tráfico. Los mercaderes ocupan una parte del patio á donde llevan, apriscados como en un matadero, verdaderos rebaños de bueyes, de toros, de becerros, de ovejas y de corderos. Los vendedores de palomas, de pichones, y de gorriones, tienen sus asientos elevados al lado de las tiendas en donde se despachaba la sal, el vinagre y todo lo necesario para el servicio del altar. El grito de los animales, se mezcla con el murmullo de la multitud, la voz de los comerciantes con los discursos agrios de los Fariseos y de los Saduceos. El interés, la venalidad, el artero deseo de lucro, corrompen las cosas más santas, engendran abusos irritantes, escandalosos, y hallan á menudo cómplices en aquellos mismos que debieran ser los jueces incorruptibles, los inexorables censores. Los maestros, los Rabbís, tenían hermosas palabras acerca del respeto debido al Templo. Que ninguno penetre en él enseñaban ellos, con sus animales y sus calzados y su bolsa, y sin sacudir el polvo de sus piés. Que nadie lo convierta un camino ó un lugar en donde se escupa.¹ En espera del cambio de monedas, la elección y la compra de los animales destinados al sacrificio, que debían hacerse en las puertas, se practicaban en el recinto sagrado, en el lugar mismo de la oración.

Aquello no era un Templo, sino un mercado y un bazar.

Ese espectáculo había hecho muchas veces indignar á Je-

¹ Talmud Babyl., Jevamoth; fol. VI, 2.

sús; él había sufrido en silencio; mas hoy, ha sonado la hora de obrar. El dió libre curso á su celo, á su indignación, á su santa cólera, y juntando las cuerdas que servían para atar ó aprisionar á los animales, hizo un látigo y se puso á arrojar fuera del Templo á todos los mercaderes con sus ovejas y sus bueyes; en seguida esparció el dinero de los cambistas, derribó sus mesas, y dijo á los que vendían palomas en nombre de la familia de los grandes sacerdotes: "Lleváoslas de aquí, no hagáis de la casa de mi Padre una casa de tráfico."

Su potestad era irresistible, todos la aprobaban; sus discípulos, al verle, se acordaban de la palabra de un salmo popular que decía del Mesías: "El celo de tu casa me devora."¹ Hay algo de divino, en efecto, en este acto de santo vigor. Un hombre solo, apenas conocido, con un látigo en la mano, sin autoridad oficial, que arroja á todos los mercaderes con sus animales, sin que nadie resistiera, ni la multitud, ni los magistrados del Templo, ni sus soldados,—un hombre semejante deja resplandecer una grandeza, una energía digna de Dios; él no desempeña un sencillo acto de policía, él se conduce como un profeta, como un reformador, como un Mesías; él no obra solamente como enviado de Dios, obra como maestro; él considera como suya la mansión de Jehovah; esta es la habitación de su Padre; él tiene el derecho de arrojar lo que la turba y la deshonorra.

La conciencia humana ha aplaudido y aplaude todavía á la religiosa indignación de Jesús. Es probable que la multitud no vió sin simpatía al nuevo profeta que obraba con severidad contra los que traficaban con las cosas santas, á la sombra del Templo y en su detrimento. La justicia y el valor del hombre que se levanta contra el abuso, complacen siempre al alma del pueblo.

Pasado el primer momento, Jesús fué observado por los que tenfan la guarda del Templo. Se llegó á él y se le dijo:—¿Con

¹ Juan, II, 16.

² Salmo LXXVIII, 10.

qué derecho prohibes lo que los jefes autorizan? ¿Qué señales puedes mostrar para legitimar tu violencia?² Jesús respondió con una de esas palabras misteriosas que sus interlocutores no comprendían siempre, pero que revelan su intuición profética y que él porvenir se encargaba de cumplir.

—"Destruid este Templo," les dijo, designando su pecho con la mano, "y en tres días le reedificaré."

San Juan, testigo ocular de la escena, debió notar la actitud de Jesús, y él tiene cuidado de añadir, al referirla, que el Maestro hablaba de su cuerpo,—verdadero templo en el que la Divinidad en persona habitaba,—que los Judíos, en efecto, debían destruir, y él mismo resucitar de la muerte. Los Judíos, engañándose respecto á la respuesta de Jesús, exclamaron:—¿Cómo, he aquí cuarenta y seis años que se trabaja en este templo, y tú, en tres días, le reedificarás?³

Los abusos contra los que Jesús acaba de obrar con severidad en nombre del derecho soberano de su mesianidad y de su filiación divina, se perpetuaron bajo la connivencia del poder; en vez de proscribirles, se les explotó. Dos años más tarde, en la víspera de ser entregado, obrando todavía como señor, en la casa de su Padre, él arrojará de nuevo á los mismos mercaderes, con sus bueyes y sus ovejas, derribará las mesas de los cambistas con sus bolsas y sus ciclos apilados. Mas si este acto de celo indignado no prosperaba, como reforma material, él había obtenido un resultado superior y en efecto deseado. El Cristo se había afirmado, á la faz de la multitud y de las autoridades judías, como Señor del Templo é Hijo de Dios. La escena no podía dejar de tener un gran eco. La atención pública se fijó vivamente hacia el nuevo profeta; él fué aprobado por el pueblo, pero él chocó, atacó, hirió á los jefes y á los ancianos, á los sacerdotes y á sus fieles, á los indispensables y á los satisfechos, á toda esa clase á quien la au-

¹ Juan, II, 18 y sig.

² Véase para el valor cronológico de esta palabra, el Apéndice A. *Cronología general de la Vida de Jesús.*

toridad ó el bienestar desazona, á los partidarios de los usos en vigor y de la tranquilidad á toda costa, á todos aquellos que de cerca ó de lejos, dependían del poder.

Las sociedades y los hombres se parecen siempre y en todas partes.

Esta escena marca en la vida pública de Jesús la fecha de la primera oposición que él suscitó. Entre él y la autoridad nacional y religiosa, el conflicto por lo demás está empeñado, él era inevitable, él será llevado hasta la última violencia. La expulsión de los vendedores dejó tal impresión, que la palabra enigmática de Jesús, dicha en esta ocasión, servirá para su condenación; sus enemigos la falsearán y tratarán de hacer un motivo de queja digno de la muerte; se le acusará de haber querido destruir el Templo, á él que se presentaba como teniendo la potestad de reedificarle en tres días.

Sin embargo, la presencia de Jesús en Jerusalem, no fué inquietada. El se encontró allí por la Pascua, en el mismo día de la solemnidad, hizo numerosos milagros, pero el historiador de esta época de su vida no nos da el pormenor. Estos eran, como lo veremos más tarde, curaciones de todo género, porque Jesús gustaba revelar su misión por sus beneficios. La multitud se comprimía en su derredor, y un gran número, testigo de sus prodigios, lo miraban como al Mesías; pero él se mantenía en reserva á su manera de ver,¹ según la nota expresa del Evangelista.

El hombre ordinariamente es llevado por la opinión que él ha suscitado y que aclama. El favor público le arrastra más lejos de lo que quiere; en vez de dominarla, él la sufre y la sigue; él se pretende el Señor de la multitud, él no es sino el esclavo; él la cree subyugada, ella no está sino ofuscada; convencida, ella no es sino curiosa; adicta á su persona, á su causa, ella no obedece sino á sus intereses, á su egoísmo. Desde que él le pide el sacrificio, ella retrocede, ella hace traición, ella

¹ Juan, II, 24.

se revela y en su cólera, ella destruye á aquel que se creía su ídolo.

Jamás Jesús la ha sufrido un instante; él conocía al hombre en su esencia, él no tenía necesidad de que se supiera lo que él era.² Desde el primer momento, él juzga á esta multitud: él la conoce como inconstante y ligera, ávida de novedad y de bienestar, fácil de intimidar y de seducir, siempre dispuesta á conmovirse, cuando se admiran ó se halagan sus preocupaciones, más pronta á retroceder, cuando se la quiere imponer las lecciones de la verdad y el freno de la justicia; él prevé que ella será el juguete de los señores á los que está esclavizada. Este no era el terreno apropiado para la semilla divina; Jerusalem, á pesar del amor que él tenía por ella, le inspiró la desconfianza.

La acción de Jesús, en este primer viaje, no fué limitada á la clase popular, ella hizo su camino entre los ricos, los doctores y los sacerdotes; su nombre, su conducta, sus palabras, debieron ser el objeto de las discusiones y de ardientes comentarios.

Raramente aquellos que apasionan á la multitud dejan indiferentes á sus señores. Dios tiene sus elegidos por todas partes; pero aquellos á quienes la verdad alumbró en el mundo oficial, no tienen siempre la misma franqueza ni el mismo entusiasmo que las almas sencillas del pueblo; su situación les encadena, ellos tienen mil intereses que manejar, y ellos no responden sino con circunspección al llamado de su conciencia.

De ese número era un cierto Nicodemus.

Fariseo influyente, él parecía haber pertenecido al gran Consejo.³ Según el Talmud,³ su nombre verdadero fué Bonnai. El era sacerdote, ejercía una función pública y estaba en

¹ Juan, II, 25.

² Juan, VII, 47.

³ Tannith, fol. 20, 1; Sanhedrin, fol. 43, 1.—Cf. Lightfoot, *Hore*, hebraice et talmud in *Evangel. Joan.*

cargado de la vigilancia de las aguas y de los pozos, á fin de proveer á las necesidades de los extranjeros que afluan á la ciudad, en los grandes días de fiesta. El vivía todavía en la época del sitio de Jerusalem por Tito, y pertenecía á una de las tres familias judías más opulentas de la metrópoli. Cuando la persecución se ensañó contra los discípulos de Jesús, sus bienes hubieran sido confiscados y su familia reducida á la indigencia.

Nicodemus había sido conmovido por la enseñanza y sobre todo por los milagros de Jesús. En la sinceridad de su fe naciente, él quiso esclarecerse é instruirse de la boca misma del Maestro. El le hizo pedir una plática secreta¹ y vino á encontrarle por la noche, observa el historiador, sin duda á fin de no despertar contra él las sospechas. Acercarse á Jesús, desde ese momento, era comprometerse. A pesar de su reserva, un paso semejante, denota un corazón recto. Buscar la luz, aun con timidez, es siempre digno de elogio y de respeto.

Lo que admiró á los Fariseos y á todos los letrados de buena fe, desde la primera manifestación de Jesús, fué la vuelta, el despertamiento del espíritu profético. Jesús no les produjo la impresión ni de un escriba, ni de un doctor, ni de un hagedista, sino de un profeta; su palabra no se apoyaba, como la de todos los maestros, quienes, después de cuatro siglos, enseñaban al pueblo, sobre la letra de la Ley y sobre las tradiciones humanas, ella era la inspiración directa. Profeta: nombre alguno, en boca de un Fariseo, era más halagador y más grande.

Nicodemus se lo dió á Jesús, y por él abrió la conversación:

—Nosotros sabemos, dijo, que vos sois un Maestro enviado de Dios; porque nadie puede hacer las señales que cumplis, si Dios no está con él.

Jesús, cuya mirada leía hasta el fondo en esta alma indecisa,

¹ Juan, III, 1 y sig.

fué derecho á la cuestión que le agitaba y que preocupaba á todos los espíritus religiosos, á todos los contemporáneos de Nicodemus:

—“En verdad, en verdad,” le dijo, “nadie, si no nace de nuevo, puede ver el Reino de Dios.”

Renacer, esta palabra profunda, que oculta toda la doctrina de Jesús respecto al Reino espiritual y á la función del Mesías, desconcertó á Nicodemus, atacó de frente á todas sus preocupaciones. El era de aquellos que creían que se puede hablar de renacimiento á un pagano, á un pecador; pero un verdadero hijo de Abraham, un Israelita de raza pura, un Fariseo celoso, para qué necesita de una transformación? ¿No es digno, por su misma sangre y su fidelidad del Reino de los cielos? Afectando entonces dar á la palabra de Jesús un sentido del todo material, él respondió, no sin algún artificio y un grado de ironía que cubría mal su embarazo:—¿Cómo un hombre ya viejo puede nacer? ¿Puede entrar en el seno de su madre y nacer de nuevo?

Jesús renovó su afirmación, explicándole:

—“En verdad, en verdad, yo te digo, nadie, si no renace del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el Reino de Dios.” El bautismo del agua, tal como Juan lo da, prepara la regeneración; pero la efusión del Espíritu prometido en el tiempo mesiánico puede cumplirla.

Para derribar de un golpe esas preocupaciones de raza, Jesús envuelve y confunde bajo la misma inferioridad, en la misma indignidad y la misma impotencia, todo lo que no es Dios y su Reino:

—“Lo que ha nacido de la carne,” dijo, “es carne,” cualesquiera que sean el nombre, el privilegio y la raza. “Lo que ha nacido del Espíritu es espíritu.”

Entre la carne y el Espíritu hay un abismo. El Espíritu puede ser difundido sobre la carne, la carne no podría por sí misma elevarse hasta el Espíritu. Cualesquiera que quiera entrar al Reino de Dios debe nacer del Espíritu.

—“No te admire, pues,” añadió Jesús, “lo que yo te digo: que os es necesario, nacer de nuevo.” El Espíritu es misterioso y libre como el viento. “El sopla donde quiere. Tú escuchas su voz, y no sabes de dónde viene ni á dónde va. Así pasa con todo hombre que ha nacido del Espíritu.” El es impenetrable, como Dios, á quien retorna.

Nicodemus admirado, deslumbrado, trataba de comprender ese misterio del que la ciencia farisaica no le daba la llave:

—Cómo, respondió, ¿esto puede hacerse?

—“¿Tú eres maestro en Israel” replicó Jesús, “¿é ignoras esas cosas?”

Los profetas, en efecto, por todas partes han anunciado la efusión del Espíritu para la época mesiánica, efusión que haría de Israel un pueblo santo y crearía en él esta vida nueva de la que Jesús hablaba á Nicodemus: esta era el alma de su doctrina y de sus esperanzas. Mas una condición se imponía: la obediencia de la fe en la palabra de los enviados de Dios. Esta docilidad, Jesús la pide á su interlocutor; aquel que cree comprende, aquel que se atrinchera detrás de su ciencia humana y literal permanece en las tinieblas.

Entonces, uniéndose á todo el cuerpo de los profetas de quienes Nicodemus no podía desconocer la autoridad:

—“En verdad, en verdad,” exclamó Jesús, “yo te digo, creed en nuestra palabra, lo que nosotros hemos visto, nosotros lo decimos; lo que hemos escuchado, nosotros lo atestiguamos. Mas, en despecho de nuestros títulos, vosotros no aceptáis nuestro testimonio. Aun cuando yo os hable de cosas terrestres,” es decir, de las condiciones que se imponen al hombre para entrar en el Reino, “vosotros no creéis: ¿cómo, pues, creeréis, cuando yo os diga las cosas del cielo” y los misterios del Reino de Dios?

Nicodemus había quedado silencioso.

Jesús sintió que el reproche le había llevado á la confianza; él le entreabrió entonces ese mundo divino que nadie podría conocer con excepción del Hijo del hombre, porque “nadie ha

penetrado el cielo” y la voluntad de Dios, “si no es aquel que ha descendido, el Hijo del hombre.”

—Tú sabes que “Moisés,” dijo, “ha erigido la serpiente en el desierto, á la faz del pueblo, y que los que la miraban quedaban curados; así es necesario que el Hijo del hombre sea erigido á la faz del mundo, á fin de que se le vea y se crea en él. Aquel que crea no perecerá: él tendrá la vida eterna, la vida misma de Dios.”

Jesús deja entrever en un mismo rayo en el que la gloria y el suplicio del Hijo del hombre se confunden, y en el que el suplicio se disimula bajo la gloria, el inmenso destino del Mesías. Todo el misterio de este destino tiene su fuente insondable en el amor de Dios. Por amor es por el que “Dios ha enviado á su Hijo al mundo; él no quiere juzgar al mundo por él, él quiere salvarle por él. Cualquiera que crea en él será salvo, el que no crea será juzgado;” él se condena á sí mismo. Al presente es la hora de la salvación, y de “la crisis;” es preciso que ella tenga su curso.

Una cuestión surgió á la vista de ese escrutinio de la humanidad en derredor del Hijo del hombre. Los unos creen y llegan, los otros no creen y son rechazados; ¿por qué?

—“La Luz ha llegado al mundo,” dice Jesús. “Si los hombres han preferido las tinieblas, es porque sus corazones eran malos. El que hace el mal odia la luz, y de miedo que sus obras no sean argüidas, él no va á la luz. El que hace la verdad va á la luz, á fin de que sus obras sean manifestadas, porque ellas son hechas en Dios.” Lo que viene de Dios vuelve á Dios.

Esta conversación de Jesús y del Fariseo Nicodemus es la primera revelación escrita de la enseñanza del Maestro; ella nos ha sido conservada por el cuarto Evangelio, en algunas sentencias que la resumen y hacen resaltar los grandes rasgos y la profundidad.

Se ve lo que es el Reino de Dios, la participación del hombre á la vida misma de Dios; se ve cómo se llega á él: por un segundo nacimiento que hace del Hombre un sér nuevo, no carnal sino espiritual, se sabe cuál es la condición de este nacimiento: el bautismo del agua y del Espíritu; y se sabe además que, para atender este misterio, es necesaria la fe en la palabra de los enviados de Dios y de aquel que á todos los domina, el Hijo de Dios. Jesús se dibuja á sí propio en una penumbra que los acontecimientos ulteriores transformarán en claridad: él es la gran señal erigida en medio de los siglos y de los pueblos,—signo doloroso y resplandeciente, como la cruz por la que triunfa y sobre la cual morirá ajusticiado.

Lo que él ha dicho al oído de algunos Judíos en esta noche memorable de Abril, entre los muros de un pequeño cenáculo, ha esclarecido al mundo entero. El Espíritu sopla á donde quiere. Las almas tocadas por él renacen, y lo que era carne se convierte en Espíritu: este es el gran hecho de la vida de las conciencias. El Hijo del hombre, entonces desconocido, es elevado de hoy más en el cielo abierto que alumbra á la humanidad; todos los ojos le ven y le verán. Los que lo ven con fe son incorporados á él en la vida eterna, los demás pasan con la carne y la sangre, abismados en las tinieblas y la mortalidad. Cada palabra de Jesús tiene una irradiación sin fin, sus palabras no pasan. Las verdades que él ha dicho permanecen inmutables como el firmamento; el tiempo, las comenta en vez de borrarlas, ellas nos llevan á un mundo nuevo. Ningún maestro, antes de él y después de él, ha hablado un lenguaje semejante: ni los moralistas griegos ó romanos, ni los rabbis de la Judea, ningún filósofo, ningún reformador. No son abstracciones vacías y rígidos preceptos, sino palabras vivificantes que revelan los hechos más profundos de la conciencia y que la conciencia sólo puede comprobar,—si ella tiene el valor de experimentar á Dios en la fe y en el sacrificio.

¿Cuál ha sido el efecto sobre Nicodemus? El Evangelista no lo dice. Se puede sospechar que semejantes revelaciones,

salidas de semejante boca, llevaron la luz al fondo del alma del Fariseo. El llegó á ser el discípulo del Maestro, uno de sus discípulos ocultos, pero siempre prestos á defenderle. Le escucharemos más tarde, en una escena tumultuosa del Sanhedrin y de los doctores, sus colegas, resueltos á aprehender á Jesús, levantar la voz de la justicia y exclamar: ¿Acaso nuestra ley permite condenar á un hombre sin haberlo oído? Y, cuando el odio judío haya resuelto deshacerse de Cristo, su fidelidad seguirá al Maestro hasta la muerte; él se unirá á José de Arimathea y á los demás discípulos para dar al Crucificado vilipendiado los deberes de la sepultura, y él vendrá á embalsamar su cuerpo, llevando una rica provisión de aromas, “una mezcla de mirra y de aloe, como cien libras.”¹

Jesús no prolongó su residencia en Jerusalem. Terminadas las fiestas, él abandonó la ciudad con sus discípulos, y vino á fijarse en la campaña de Judea.² Esta expresión vaga no nos permite el lugar elegido. El recorrió en diversos sentidos esta tierra que recibió de esta manera, antes de la Samaria y de la Galilea, las primicias de su apostolado. Ningún recuerdo ha quedado de su paso; no se halla ninguna huella ni en Belem, ni en Karim, ni en Hébron, ni en Engaddi, ni sobre los confines de la Idumea. San Juan refiere solamente que la Judea entera fué llenada con su voz, y que de todas las aldeas y de todas las ciudades, la multitud acudía para seguirle y escucharle.

Al evangelizar á la Judea, él obedeció á las exigencias de su papel, porque la Judea era el centro obligado de toda acción profética y mesiánica. Un enviado de Dios ¿no podía fijarse en ese suelo sagrado entre todos, que tenía el Templo, alimentaba á la tribu más ilustre y conservaba más ardiente, más pura, la vida nacional y religiosa? La Providencia allí ha-

¹ Juan, VII, 51.

² Juan, XIX, 39.

³ Juan, III, 22.

bía hecho nacer á Jesús; la tierra de Judá fué bajo este concepto su verdadera patria; en su desierto es en donde Juan hubo anunciado su venida; á su pueblo es al que Jesús debía mostrarse.

Esta residencia en Judea duró varios meses. El la dejó para volver á Galilea por la Samaria, cuatro meses antes de la cosecha, es decir, en Diciembre del año 781 de Roma.¹ Una palabra del Santo Evangelio nos suministra una indicación preciosa, á pesar de su laconismo, para caracterizar este período de la evangelización judaica. "El bautizaba, no él, sino sus discípulos; él hacía prosélitos, y todos iban á él."² Parece evidente que Jesús ha querido consagrar los primeros tiempos de su vida pública á preparar él mismo al pueblo para recibir su palabra y para sufrir su acción. Lo que Juan Bautista había tan penosamente intentado, él no lo empieza de nuevo, él lo completa, él lo confirma. Toda su predicación parece haber sido reunida en dos líneas que el Evangelio de San Marcos ha guardado fielmente; él no dice como Juan: "Los tiempos están próximos;" él dice: "Los tiempos se han cumplido." Si él proclama, como su precursor, la ley necesaria de la transformación y de la penitencia, él agrega que "el Reino de los cielos llega," y él pide la "Fe en el Evangelio," á la nueva de la que él es el portador y la realización; él deja á sus discípulos bautizar como Juan, y él preludia la institución del bautismo cristiano que será la señal eficaz de la regeneración espiritual de la humanidad. El atractivo de su palabra y de su persona es poderoso; toda la campaña de Judea está de nuevo conmovida, y la multitud acude hacia él, atraída por el prestigio de su virtud y de sus milagros.

Una de las ideas dominantes que en este momento apasionan á la multitud y á sus doctores, á los numerosos discipu-

¹ Juan, IV, 35.

² Juan, III, 22, 26.

³ Juan, IV, 12.

⁴ Marcos, I, 15.

los de Juan y de Jesús, es la purificación necesaria para ser dignos del Reino.

Un hecho significativo revela este estado de la opinión pública; se trata de una controversia entre uno ó varios Judíos y los discípulos del Bautista, precisamente respecto á la purificación.

¿Cuál era el fondo del litigio? ¿Si se trataba del valor relativo de las abluciones prescritas por la ley, del rito nuevo instituido por Juan, del bautismo tal como le practicaban los discípulos de Jesús? Nada en la narración del cuarto Evangelio autoriza á resolver estas dudas. El detalle prominente realzado por el historiador, y que sólo importa, es el celo que tienen los sectarios del Bautista del éxito creciente de Jesús.

A consecuencia del debate que ellos habían suscitado, ellos vinieron á buscar á su maestro, que continuaba bautizando á la multitud y cuyo papel no debía tener fin sino más tarde. El estaba entonces en Enon, pequeña localidad renombrada por la abundancia de sus manantiales y cuyo nombre y huellas se han perdido. San Jerónimo, según Eusebio, la sitúa cerca de Salem, en el valle del Jordán, sobre la ribera derecha, á ocho millas al Sur de Scythopolis. Quizá entonces pertenecía al territorio de la provincia de Judea.—Maestro, dijeron á Juan sus discípulos, aquel que estaba contigo más allá del Jordán, aquel á quien tú has dado testimonio, he aquí que bautiza; y todos se llegan á él.

El despecho y el carácter celoso transpiran en esas palabras. El éxito de Jesús afectaba á los que se habían unido al Bautista; les parece que la gloria de su maestro estaba en declinación, que iba á ser eclipsado por otro, un recién llegado; ellos no se resignaban á esta derrota en la que ellos se veían arrastrados.

La abnegación es una virtud rara, una de las más difíciles; el individuo la practica algunas veces; los partidos, las escue-

¹ Juan, III, 25 y sig.

las, jamás. Se ve á los jefes honrarse por ella, pero ellos no logran inspirarla á sus discípulos. La gran alma de Juan practicó la prueba. A pesar de su ascendiente, su heroico olvido de sí mismo ante Cristo, sus esfuerzos repetidos para unir á los espíritus, él no llegará á dar á Jesús á todos los que le llamaban maestro, y los Juanistas llegarán á ser, bajo el nombre de Mendaitas, una secta que se perpetuará por largos siglos.

La queja de sus discípulos provocó de parte de Juan un nuevo testimonio respecto al Mesías. El renunciamiento personal raras veces ha tenido un lenguaje más sincero y más digno, más humilde y más delicado; nunca, con toda seguridad, él ha inspirado un elogio parecido de aquel aun antes que estuviese cumplido.

—¿Por qué esa turbación y esas vanas discusiones? dijo Juan Bautista. “El hombre no puede recibir nada, si no le ha sido dado del cielo. Si yo he sido la voz del desierto, Dios es quien la ha puesto en mí. Yo no soy más que lo que Dios me hizo. Por lo demás, vosotros mismos sois testigos que yo he dicho y repetido: Yo no soy el Cristo, sino el enviado antes de él.”

“El esposo es quien tiene á la esposa; mas el amigo del esposo que está de pie y la escucha, se regocija con una grande alegría, á la voz del esposo. Esta alegría ha sido plenamente mía.”

El comprendió que su destino terminaba, y á ello se resignó con una alma dulce y firme: Es preciso, agregó él, que él crezca y yo disminuya.

El pensamiento del Mesías en el cual él vivió absorbido, desde su primer encuentro con Jesús, más allá del Jordán, le envuelve por completo; él le mira, él le contempla. Nuestras vulgares distinciones humanas no le bastan para pintarle, como él le ve; y para hablar él inventa un lenguaje nuevo.

—“El es aquel que viene de lo alto,” dijo, recordando las palabras de Zacarías, su padre, que llamaba al Cristo: “Aquel que se levanta ó que germina en las alturas. El está sobre todos,” porque todos los demás proceden de la tierra; pues bien, “el que sale de la tierra está hecho de tierra y habla de tierra.” El origen determina la naturaleza, y la naturaleza determina y limita nuestras palabras y nuestra actividad. Pero él, “él viene del cielo; lo que él dijo, es lo que él ha visto y oído” en el cielo, en donde la verdad es como la luz, inmutable, infinita. El da testimonio de lo que ha visto y oído; mas, añadió él mirando á sus discípulos, “no se recibe su testimonio;” y por tanto, recibir su testimonio, “es atestiguar que Dios es verdadero.”

“Sus palabras son palabras de Dios;” él no puede errar, “Dios le ha dado el Espíritu sin medida.”

La visión del Bautismo vuelve á pasar á su vista.

—“El Padre,” dijo, “ama al Hijo, él todo lo ha puesto entre sus manos. Creed en él. El que cree en el Hijo tiene la vida eterna, el que no cree no verá la vida, mas la ira de Dios permanece sobre él.”

Esta palabra,—la última por la cual conjura á sus discípulos para unirse á Jesús,—es el testamento del gran profeta.

La cólera de Dios vuelve á los labios de Juan como al principio de su ministerio; entonces, fué la cólera de la justicia con la que amenazaba á los obstinados refractarios al arrepentimiento; hoy, él espanta á los ciegos que resisten al llamamiento del Mesías, por la cólera del amor descococido.

El callará en lo sucesivo.

El no tiene más que decir de su Maestro. Pero le veremos más tarde intentar un esfuerzo supremo, desde el fondo de su prisión, para obligar al mismo Maestro á hablar y á convencer á sus discípulos recalcitrantes.

El ruido del éxito de Jesús en los campos de Judea llegó á

oídos de los Fariseos, que se pusieron en sazón. La rivalidad celosa de los Juanistas debió reforzar la oposición naciente que ya se había revelado en la metrópoli. Jesús fué advertido; sus discípulos, de los que muchos habían sido discípulos de Juan y formaban entre Juan y él un lazo constante, le transmitían los incidentes que se producían; él no quiso dar un impulso muy fuerte á la hostilidad de sus enemigos. Su obra comenzaba apenas, era prudente retirarse de la lucha: el alejamiento apaga los conflictos.

Jesús abandonó la Judea, llevando á sus discípulos, y se puso en camino para la Galilea, tomando la ruta de Samaria.



CAPITULO VI.

JESÚS ENTRE LOS SAMARITANOS.

La Samaria debe su nombre á su metrópoli, que le ha tomado de la colina "Chameron," sobre la cual un rey de Israel, Omri, nueve siglos antes de Jesús, la había edificado; la misma colina fué así llamada de "Chamor," uno de los hijos de Chanaan.*

Hállase ahí un ejemplo de la perpetuidad de los nombres y de las tradiciones en ese Oriente inmutable en donde el nombre, después de haber esperado tanto, no sabe más que acordarse.

La Samaria, después de la destitución y destierro de Archelaus, formaba parte de la provincia de Judea y dependía directamente de los procuradores romanos. País encantador, formado de valles y de montañas, formando un territorio entre la Judea y la Galilea, se extiende del llano de Saaron al del Jordán, tiene por límites al Norte el llano de Jizreel, y al Sur el Ouady Lubban. Josefo* pondera su fertilidad, sus fru-

* Gen., X, 18.

* Antig., VIII, 12, 5.